

“El pana” y su doña Inés

DÁMASO MURUA

Al estilo de José Alfredo Jiménez: El torero afamado por el apodo de El Pana, salió del rincón de una cantina metropolitana, para torear magistralmente dos toros de Garfias, en la Monumental México, adornándose a sus casi 70 años, con el banderillero también magistral, de uno de esos burdeles, al que le cortó dos orejas. Un trasero gitano; aunque el Rodolfo Rodríguez, es oriundo de la ciudad albureramente mundial: Apizaco, allá en Tlaxcala.

Perteneció a la pequeña legión torerísima de los feos y los tristes como: Armillita (el cabeza de clavo), El Soldado, Lorenzo el Magnífico, Silverio El Viti español, El Calesero (capote de luz en su misma galaxia), el Chicharrón Carvajal, el Ranchero Aguilar y por supuesto que Fernando de los Reyes, alias El Callao.

Cronistas imbéciles hubo quienes lo ensalzaron ahora. Escribieron pendejeces sobre El Pana. Faltó un Demóstenes para la crónica. Que hubo entradón ante el vejete que no cojeó, no toreó como un torero zurdo que llegó a Escuinapa en los años cuarenta, con bordón necesario. En este arte bestial, según los maricas, se aguantó con una larga cordobesa, el capote prensado de un extremo. La plaza apagó sus luces para contemplar el sol del torero que el domingo 7 (¡qué casualidad ese siete dominguero!) del primer domingo del año 2007; los 365 días de la muerte, porque el 7 es número tal arábigo por dos ojos, dos oídos, dos fosas nasales y una boca apretada. Ni el Tarot acertó tanto alguna vez.

Otro mediocre plumífero dijo que nomás 15,000 espectadores esos sí villamelones, lo despidieron para siempre, cuando se burlaron antes tanto de él. Sólo Doña Nieves, perpetuamente le fue fiel, desde su 2do. tendido de sol, echándole mentadas a los de barrera de sombra, presumidos, pen-dejos y pedantes. Los de culo embilletado.

Si, leyeron bien antes lo de la larga cordobesa. No sólo El Pana las pegó, en esa tarde que comento. El 13 de diciembre de 1956, en El Toreo de Cuatro Caminos, deshojó esta suerte torera, Antonio Ordóñez, el rondeño. El Calesas, lo hacía como campeón más que Cassius Clay, mucho más. El Primer Tercio Capotero, la gloria de las fiestas de la muerte.

“Esa gente del toro está loca. Pero son más humanos que los que se fingen humanos”, dijo María Vara, tocando una guitarra y versando sobre aquellos que siempre se portan mal porque buscan el placer de que les rompan el culo, un día vengativo.

En el paseillo, decía Monosabio, escribiéndolo para prometerse bebiendo un cognac, asoman la risa, Paganini, Pierrot, El Payaso Contreras, el Loco Elías y Hamlet. Para poder soportar el despunte de la ciriquisiaca, llevándole la delantera al alguacilillo jotón que inicia el parto de la tarde tamborilera y negro zaina. Esa muerte color negro Mercedes Benz.

El Pana se burló otra vez: en su despedida anunció que siempre no se retirará. Que habrá otras despedidas y otros capotes largos afarolados y suyos. Que él no tiene la culpa; la tiene su apoderado que lo controla. Esa banderilla no se la saben quitar quienes mal escriben de los tres tercios de la lidia.

Si en estos tiempos se pueden fraudar elecciones políticas, ¿por qué no, un torero puede y no regresar de la Y griega del coso de la Monumental de 61 años, y se apoda El Pana?

Doña Nieves, consultada por Internet, ha dicho que sí. Quien se porta bien, a los 70 años, y puede amar el fugaz arte del toreo mexicano, merece que le prorrogemos la arena de sus intentos fallidos de contacto con la muerte. ■

(8-diciembre-2006)